



JUAN FRANCISCO ANDRADE

LA MUERTE DE
LIDIA RIVAS

Corre el año 2009 y Ramón Castillo, que ha sobrevivido milagrosamente a la emboscada que le tendió El Ciclista, se recupera de sus heridas. Por esas fechas, nadie, en la ciudad de Málaga, ha prestado demasiada atención a la muerte violenta de dos prostitutas. Ni siquiera el inesperado suicidio de un joven juez obtiene una resonancia especial. Pero cuando El Ciclista, uno de los más prolíficos asesinos en serie de la historia criminal de España, propone, desde la cárcel, a Castillo, indagar la muerte de Lidia Rivas, —una joven estudiante, cuyo cuerpo apareció flotando en una playa de Málaga, comienzan a surgir pistas que conectan, sorprendentemente, estos hechos y otros que habían pasado desapercibidos a la policía. El oscuro interés de Bernal, agente de Europol y antiguo mentor de Castillo, empujará a ambos a adentrarse en una violenta espiral de asesinatos que oculta algo mucho más repugnante y peligroso... Incluso para ellos mismos. «El más arriesgado, complejo y apasionante de los casos a los que se ha enfrentado nunca Castillo».

LA MUERTE DE LIDIA RIVAS

Juan Francisco Andrade Bellido

Acrónimos:

UDYCO: Unidad de Droga y Crimen Organizado.

UDEV: Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta.

VPO: Viviendas de Protección Oficial.

CELMOS: Centro Especial Limitado a Modos de Seguridad (empresa dirigida por Esther Monroy).

*A Jovita,
mi primera lectora, por su cariño y entusiasmo.*

PRÓLOGO

El Ciclista y Ramón Castillo —un asesino en serie y un médico—, parecen haber llegado al final de un episodio que marcó la vida de los dos: la captura del asesino por parte del agente de homicidios Fernando Muriel, en la cual fue clave la cooperación del médico Castillo, gracias a su poderosa intuición.

Pero la cárcel para El Ciclista no es, en ningún momento, una medida de contención para su venganza. Por el contrario, el juego apenas comienza y eso lo sabe Castillo. El asesino ya ha presentado su primera ficha: *La muerte de Lidia Rivas*.

El médico Ramón Castillo, por su parte, en el contexto de una vida que no le encuentra gracia alguna a la cotidianidad, que presencia la lenta muerte de su padre y los recuerdos amargos de un divorcio reciente, se ve atraído por el reflejo del asesino, el único tan perspicaz como él mismo; sin embargo, lo evita.

El detective Luis Bernal, agente de Europol, está a cargo de una misión casi irrealizable: dismantelar una gran red de narcotráfico en Málaga, y sospecha que El Ciclista guarda relación con el caso. Sabe que a su viejo amigo, el médico Castillo, a pesar de la repugnancia que siente por el asesino, le seduce su inteligencia. Su figura le atrae como una antítesis retadora, y por esto mismo el médico sabe pensar como él. Convencido de que solo la perspicacia de Ramón sería capaz de identificar alguna pista que lleve a concluir la misión, buscará la cooperación del médico. Está

seguro de obtenerla porque el duelo planteado por el asesino le podría dar sentido a su desencajada vida, que no se diferencia mucho de la propia.

Pero nada encaja: un asesino en serie que solicita sea investigada la muerte de una prostituta, fallecida por causas aparentemente conocidas, y la posible vinculación de las redes del narcotráfico con el asesino serial «Como muy bien dices, es extremadamente rara la asociación delictiva de los asesinos seriales. Trabajan solos. Se excitan así y, en general, les es impensable el hecho de compartir sus experiencias».

Este par de investigadores, obsesivos, metódicos, atrapados, repasan, una y otra vez, las pocas pistas disponibles, a riesgo de perder el interés del lector. Sin embargo, este sencillo pensamiento procedimental —que va permitiendo, pista a pista, que la investigación avance—, es uno de los elementos más seductores de la novela. Igualmente, la habilidad intelectual de *El Ciclista* para lograr su objetivo es otro de los mayores atractivos del argumento.

Con destreza, el narrador logra cambiar el foco central de la novela, que en la primera mitad es la figura de *El Ciclista*, al caso de Lidia, que titula la obra. El cual toma su puesto en la segunda mitad, pero termina por definir muchas de las interrogantes planteadas desde el inicio.

La muerte de Lidia Rivas es una novela de intriga que supera los lugares comunes. Una historia donde la cárcel es el punto inicial, y no el último. El autor, Juan Francisco Andrade, se arriesga al desarrollar una trama que se resuelve a base de pura lógica, que sorprende al lector en escenarios y situaciones que carecen de extravagancia, posibles en la vida de cualquiera; ese es el gran atractivo.

CLAUDIA MÁRQUEZ OLMOS

CAPÍTULO I. EL DESCAMPADO DE LAS PUTAS

... mayo, 2009.

1

El lugar no se hacía visible, hasta no rebasar el conjunto de naves industriales. Lo primero que saltaba a la vista eran los postes de alta tensión que atravesaban, en una diagonal suave, el enorme espacio deshabitado. El llano, sin árboles, se prolongaba alrededor de un kilómetro, al norte. Tan uniforme que ni siquiera era posible distinguir las vías del tren, a unos cuatrocientos metros de allí, a no ser por la malla de alambre, de tres metros de alta, que la delimitaba a ambos lados.

El desvío estaba a la izquierda del viejo camino asfaltado, que bordeaba el barrio, para morir cerca de la rotonda. Una vía que muy pocos usaban ya, puesto que los nuevos accesos enlazaban con las naves industriales. La mayoría de la gente que tomaba el viejo camino y luego el desvío, iba allí a encontrarse con otra persona. En el barrio lo conocían como «El descampado de las putas». Una vez, proyectaron construir casas que nunca se harían. Sin duda, era un nombre muy gráfico.

Las multas previstas en las ordenanzas municipales para las prostitutas que ofrecían sus servicios en espacios públicos habían desplazado a muchas a lugares más seguros, co-

mo los márgenes de aquel descampado. La urbanización fantasma resultaba perfecta. Todavía estaba en pie la valla publicitaria del proyecto. Cien casas adosadas. 6000 euros de entrada. Resto a pagar en treinta años. Primeras calidades. Reserve pronto la suya llamando al teléfono 952El paisaje cambió con los primeros destierros. Una larga hilera de irregulares, y no muy elevados, montones de tierra apelmazada, ocupaba la primera línea, a espaldas de la valla publicitaria. Los matorrales se alzaban como valla fortificada sobre el inservible trabajo de las excavadoras. Apenas se habían llegado a asfaltar tres calles paralelas de alrededor de ciento cincuenta metros de largo. A las que se accedía por otra más corta, que enlazaba, en perpendicular, una con otra y que estaba situada en el extremo derecho, visto desde la ciudad. En esta última, el firme presentaba arrugas y se había levantado, pero se conservaba bastante bien en el resto. Al entrar en aquellas calles, era fácil confundirse y creer que había una salida al final de cada una, pero el asfalto moría bruscamente en un herbazal. Desde la zona de acceso, debido a una ligera pendiente, no podía distinguirse bien esa circunstancia, obligando a volverse a la gente que iba con la intención de «explorar» el sitio. Las farolas, que resistían en pie, tenían los cristales destrozados y las aceras estaban levantadas por la hierba. Había latas de refrescos y cajetillas de tabaco vacías desparramadas por todos sitios, especialmente en los márgenes de las aceras. También podía verse alguna jeringuilla, pero cada día era más difícil encontrarlas. Las repetidas quejas de la Asociación de vecinos dieron como resultado que, una vez por semana, la empresa municipal de limpieza enviase un vehículo. Los pequeños traficantes iban de noche allí a hacer sus transacciones, y si veían algo sospechoso, arrojaban las papelines entre los matorrales. Hubo un tiempo en que el lugar también era frecuentado de día por los drogadictos, pero tenían conflictos con los camellos que patrullaban en busca de las dosis perdidas. Los que eligieron aquellas ca-

lles para probar sus motos, hubieron de desistir en pocos meses, porque, a menudo la pasma recibía una queja por el jaleo e irrumpía de improviso. Y no solo ellos, sino también los traficantes. En una ocasión, apuñalaron hasta la muerte a un joven y, meses más tarde, le dispararon a un grupo de muchachos que fumaban maría, hiriendo a dos de ellos. Los drogatas, entonces, fueron desapareciendo, poco a poco, en busca de «seguridad» y, con ellos, los traficantes. Su lugar fue ocupado por las prostitutas. Durante los meses fríos, entre el mediodía y el anochecer, solían verse coches aparcados, porque algunas meretrices llevaban allí a sus clientes; pero al llegar la primavera, los mercaderes del sexo buscaban un lugar a la sombra.

* * *

Al comenzar el día veintidós de mayo, las nubes cubrían el cielo, e incluso había llovido a primera hora. Luego empezó a verse el azul taimado de la tarde primaveral. La mujer, vestida con una camiseta de tirantes y unos *shorts* ajustadísimos, no se había decidido a ir hasta bien entrada la tarde, temiendo que el tiempo empeorara de nuevo. Si hacía suficiente calor, allí no tendría competencia y eso era lo bueno del sitio. Caminó medio kilómetro desde la parada del autobús, sin dejar de mirar hacia arriba. Se había olvidado el paraguas plegable. Al doblar por la esquina de la nave, vio que, como había previsto, estaría sola. Con suerte, aparecería el tío del lunes anterior y le daría otros cien. Se lo había prometido. El trato era que no hubiese mirones.

Las primeras dentelladas del sol le dejaron marcas de sudor en la piel. La mujer se miró en el espejo de la polvera, alejándolo y aproximándolo a su rostro varias veces seguidas y, rápidamente, se hizo dueña de la acera de la primera calle, mirando a la ciudad. De buena gana se habría

recogido el pelo, pero su melena ondulada atraía a los tíos como la miel a las moscas. Más aún que los contoneos.

Las últimas filas de bloques de pisos del barrio le daban la espalda a un centenar de metros. La ropa que bailaba en los tendederos de las terrazas traseras apenas disimulaba los desconchones y la suciedad de las viejas fachadas. Los minúsculos balcones tenían, en su mayoría, cierres acristalados de aluminio, por los que nadie se asomaba a aquel vertedero humano, a no ser para colgar y descolgar la ropa. Era mejor no saber nada de lo que allí sucedía.

Había visto tres vehículos en media hora, pero solo dos giraron hacia la primera calle. Ambos dieron la vuelta cuando habían recorrido un trecho, sin hacer ningún caso. Encendió un cigarro tras otro para hacer tiempo... ¿Qué otra cosa podría hacer en aquel lugar? Esperaría una hora, como máximo. Hasta ese instante, la temperatura había sido suave y, a rachas, el mar traía una brisa húmeda. Pero el viento había cambiado ahora de dirección. De repente, sentía el sudor enredándosele en el pelo, condensándose en sus sienes. Se cambió de mano el bolso y se recogió la melena un momento, para airear la nuca. Todavía le dolía el cuello y tenía dificultades para girarlo completamente. Por lo menos, los moretones se habían vuelto amarillos y era más fácil ocultarlos con el maquillaje.

Los matorrales del árido descampado se cimbreaban a derecha e izquierda. La prostituta escupió el chicle que usaba para perfumarse el aliento.

Empezaba a oscurecer despacio. Podía notarlo en que los colores iban apagándose y perdiendo su anterior brillo. Decidió que iba siendo hora de prescindir de las gafas de sol.

«Dos cigarros más, y me largo» —masculló la mujer, para sus adentros.

Se oyó en la distancia el motor de un vehículo, aproximándose a la entrada de la primera de las tres calles paralelas. La prostituta, de unos veinticinco años, se llevó a la

punta de la nariz las aparatosas gafas de cristales ahumados para ver mejor el todoterreno blanco. Parecía el mismo que había visto unos minutos antes, aunque no hubiera podido asegurarlo porque no se había fijado en la matrícula. De todos modos, aquel coche no era el que esperaba: el del lunes anterior era un turismo pequeño de color oscuro. El todoterreno dio la vuelta a la nave industrial y enfiló la curva que conducía a la urbanización. Sin duda era un hombre e iba solo. Debía de ser un vehículo diferente porque el individuo no se parecía al que conducía el anterior. Además, recordó, que en el de antes viajaban dos personas.

En todo caso, se dijo, podía ser un nuevo cliente. Seguramente un tío casado que toma todas las precauciones del mundo para evitarse un mal divorcio, por culpa de una puta. Así que hizo lo posible por adoptar una postura provocativa y, a continuación, se contoneó como una modelo en la pasarela. Pero el coche pasó a su lado, indiferente.

Noelia Sanjuán —La Noe, para los conocidos del barrio y los cuatro chulos que la habían explotado desde los quince años— desanduvo el trecho de acera y volvió a colocarse de espaldas al sol que se extinguía. Distraídamente, sin dejar de caminar, tanteó dentro de su bolso en busca de la cajetilla de tabaco. «Esos tíos, si pueden, vuelven siempre a por la misma puta», no dejaba de pensar, con la esperanza de tener un buen final de día. Otros cien euros y una raya le vendrían de perlas.

A cuarenta metros por detrás, el todoterreno maniobró para dar la vuelta. El runrún del motor al acelerar con suavidad no extrañó lo más mínimo a La Noe ni le hizo volverse: ni siquiera cuando el ruido se fue acercando y pareció que venía de la misma acera por la que caminaba. A muchos de aquellos tíos les gustaba darle caña a sus coches nuevos para impresionar. Serían gilipollas. En cualquier caso, La Noe estaba acostumbrada a que los vehículos que andaban por aquella zona dieran la vuelta al percatarse de que el camino que habían tomado no les llevaba a ninguna parte.

Las defensas cromadas del todoterreno la derribaron cuando se afanaba en encender un cigarrillo. El L&M saltó por los aires y cayó en vertical quedando bajo su cuerpo, a la altura del ombligo. Aturdida y dolorida, todavía fue capaz de sentir en su vientre el escozor intenso de las brasas del cigarrillo. Tenía tierra en los labios y la frente le ardía. Paladeó, sin quererlo, el sabor de su propia sangre. Entonces, recordó fugazmente cuando El Guita le cosió la cara a puñetazos. Era el mismo sabor.

Aunque hizo un agónico esfuerzo, no pudo moverse. Estaba segura de tener más de un hueso roto, pero no sabía exactamente en qué parte de su cuerpo. Sintió que tiraban de sus piernas. Trató de gritar... La tierra que había entre sus labios y lengua se lo impidió. Hizo por escupir sin conseguir otro resultado que ensuciarse aún más la boca.

Volvió a intentarlo de nuevo. «¡Hijoputa! ¿Qué haces? ¡Suelta!». El individuo del todoterreno no leía los pensamientos, y, aunque hubiese podido leerlos, a La Noe no le habría servido de nada.

Aquel sujeto era muy fuerte. Siguió tirando enérgicamente de los pies de la prostituta. Uno de sus tobillos crujió levemente. Debía de tenerlo astillado. El miedo se apoderó de su pensamiento, desplazando al dolor. Miedo por lo que acababa de ocurrirle y, acaso, también por lo que le esperaba. La Noe se aferró a su instinto de supervivencia. No encontraba nada a lo que agarrarse, salvo unos matojos pinchosos que laceraron las palmas de sus manos.

Un picor intenso atormentaba su nariz. Además, algo le ocurría en los ojos... Pestañeó varias veces seguidas, con furia incluso, pero por más que se esforzaba apenas podía abrirlos... Todo era ondulante y difuso, como si estuviese dentro del agua. Volvió a cerrarlos. ¿Qué quería hacerle aquel tío?

—Dé... dé... déja... me —gimoteó débilmente, tartamudeando por primera vez en su vida.

Los brazos del sujeto la levantaron con energía, tirando de la cintura de los *shorts* y la arrojaron, sin miramientos, sobre una oquedad que olía a goma de neumático caliente. La Noe dedujo enseguida que estaba en el maletero del vehículo. Sus codos desollados se quedaron pegados a un plástico grueso que había sobre el suelo del aquel espacio. Intentó no moverse: el dolor era peor que si alguien le estuviese frotando las heridas con una *Scotch-Brite*. «¿Qué vas a hacerme?». La Noe volvió a gemir, esta vez de miedo.

Apoyándose en las palmas, giró la cabeza y consiguió separar ligeramente los párpados. El tío la miraba y sonreía. Apenas podía distinguir los contornos de su rostro, pero algo en él le resultaba familiar.

—Dé... ja... me —farfulló de nuevo.

Aquel tío le respondió cerrando el maletero. Segundos más tarde, oyó otro portazo y el todoterreno inició con suavidad la marcha.

2

El dolor salvaje dio paso a una semiinconsciencia delirante. Para cuando los traqueteos del vehículo cesaron, la noción del tiempo de La Noe se había desvanecido. Veinte minutos... una hora; nunca lo sabría. Sin previo aviso, el forzado viaje tocó a su fin. El cajón oscilante se detuvo. La consciencia regresó y, con ella, el dolor. Sangre, sudor y lágrimas se mezclaban en el plástico, bajo su cuerpo. El portón se abrió y la bocanada de aire fresco le alivió instantáneamente las náuseas. Dirigió el ojo que aún funcionaba a la gran abertura. Se había hecho de noche y se veía levitar el cielo sobre las copas de unos árboles no muy altos. Un cielo cuajado de estrellas se abría sobre aquel espacio, que desprendía olor a caucho viejo mezclado con sangre fresca.

El dolor y el pánico la hicieron estremecerse. Tiritó mientras el tío la miraba y sonreía. Los tiritones pronto se convirtieron en espasmos. Conocía a aquel tío pero no recordaba de qué. La Noe se echó a llorar comprendiendo que iba a morir, que aquella cara que le resultaba familiar iba a ser la última que vería en su vida. Lloró, esperando el golpe definitivo y, mientras llegaba, fue encogiéndose poco a poco, adoptando la postura durmiente de un feto en el útero. Así estuvo un tiempo que le pareció infinito. Pero no ocurrió nada. Tuvo conciencia de que necesitaba un cigarro más que ninguna otra cosa en el mundo, incluso más que escapar, y giró la cabeza. El tío no estaba allí. Alargó la mano izquierda para agarrarse al montante del maletero, pero se dio perfecta cuenta de que le era imposible salir de aquel agujero. Cientos de pensamientos atropellados se le agolparon en la cabeza: imágenes de su infancia, sobre todo. También de su hermana Yesi, morena como una gitani-lla, en los columpios del parque... Y lloró de nuevo, esta vez por lo que amaba o había amado sin darse cuenta. Lloró hasta que sintió que la agarraban de ambos brazos, tirando desde sus axilas. El dolor la hizo aullar. «¡Cállate, puta! ¡Cállate, o te mato!» —bramó entre dientes alguien. El tío que la había metido en aquel agujero la sujetaba de los pies. Con su único ojo abierto, La Noe atisbo que el que la había cogido de las axilas llevaba guantes de médico y era más joven. Quizá se compadeciese.

—¿Estás seguro de que no te ha visto nadie? —dijo el más joven.

La prostituta observó que el tío que la había atropellado movía la cabeza de arriba abajo. El silencio de la noche retumbaba, mientras las estrellas parecían deslizarse en lo alto del negro cielo. En realidad, era ella la que se movía y, antes de darse cuenta, se vio bajo un techo todo de madera, del que colgaba una bombilla. El más joven jadeaba.

—No hagas nada. No te resistas —le ordenó, al dejarla caer sobre una manta que había en el suelo.